

La novela policial y la narrativa chilena de los noventa: Una conversación con Roberto Ampuero

Guillermo García-Corales
Baylor University (Waco, Texas)

Roberto Ampuero (Chile, 1953) se destaca en el grupo de la llamada nueva narrativa chilena que adquiere significativa resonancia a partir de los años noventa. Entre sus textos narrativos se cuenta *¿Quién mató a Cristián Kustermann?* (1993), la novela policial más galardonada y leída en Chile. Este texto logró el auspicioso respaldo del Premio de Novela otorgado en 1993 por "Revista de Libros" de *El Mercurio* al ser elegido entre más de doscientas obras por un jurado en que participaron los escritores José Donoso y Jorge Edwards. Por esta novela, en 1994, Ampuero también recibió el Premio Nacional, Mención Literatura, otorgado por el Círculo de Críticos de la ciudad porteña de Valparaíso de Chile. Sus siguientes novelas, *Boleros en La Habana* (1995) y *El alemán de Atacama* (1996) reafirman la relevancia y la buena estrella con que Ampuero se instala en el escenario de la literatura chilena. En los primeros meses de 1997, *Quien mató a Cristian Kustermann* entró en su sexta edición, *Boleros en la Habana* está en la cuarta y *El alemán de Atacama* en la tercera, y se encuentra desde su lanzamiento (noviembre de 1996) entre las novelas más vendidas del país. La proyección internacional de Ampuero también comienza a mostrar signos promisorios provenientes del éxito de los lanzamientos y la crítica de sus textos narrativos en Latinoamérica y Europa.

Guillermo García-Corales: Eres conocido especialmente por tus novelas político-policiales publicadas durante los años noventa, ¿cómo surge el escritor de este tipo de literatura?

Roberto Ampuero: Antes de publicar novelas me dediqué a escribir unos cuentos que primero se publicaron en distintas revistas alemanas y luego en 1984 aparecieron como libro con el título *El cangurú de Bernau*, versión en alemán que nunca ha aparecido en español. Esos cuentos no tienen ninguna relación con la novela policial o negra; son más bien cuentos con ciertos elementos de realismo mágico que transcurren en el Norte de Chile, específicamente en el desierto de Atacama. En 1986 publiqué de nuevo en Alemania una novela para jóvenes de 12 o 13 años que también toma lugar en Chile, en la ciudad de Valparaíso durante la época del régimen militar. Se trata de unos niños que tienen un club y encuentran a un herido que

resulta ser un perseguido político a quien ellos ayudan. A la par de estos inicios literarios, durante 1982 y 1991 en Bonn, estuve dedicado en forma muy intensa al periodismo: como moderador del programa de televisión “Europa Semanal”, como director de una revista llamada *Desarrollo y Cooperación*, editada por la Fundación Alemana para el Desarrollo Internacional y como corresponsal de IPS, una agencia italiana en Bonn. Esos años fueron muy intensos en términos de trabajo y no me dejaron escribir mucha ficción. Pero no me preocupaba demasiado porque sentía que me estaba alimentando muy bien con temática, personajes y circunstancias que después las podría elaborar al escribir novelas.

GG: ¿En qué circunstancias se llevó a cabo tu preparación para ejercer ese tipo de periodismo?

RA: Lo que pasa es que soy licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas y en Alemania no es necesario estudiar periodismo para ejercer esta carrera. En realidad hay una escuela en Hamburgo donde uno se puede formar como periodista, pero en Alemania el potencial periodista generalmente se prepara en cualquier disciplina y después hace su práctica periodística en un diario u otro medio tratando temas relacionados con su formación académica previa. Si, por ejemplo, la persona estudió leyes se dedicará a asuntos legales. Yo me dediqué a las relaciones Norte-Sur, sobre todo entre Latinoamérica y Europa.

GG: Y después de la creación de tus primeros textos narrativos, ¿cómo mantuviste el contacto con la literatura de ficción a pesar de estas ocupaciones periodísticas?

RA: En Alemania comencé a leer por curiosidad algunas novelas de tipo policial de autores no muy conocidos porque me interesaba estudiar un poco la estructura interna de ellas. Todo esto surgió a raíz de que había leído una entrevista a Gabriel García Márquez donde éste decía que acababa de leer la novela mejor montada en términos técnicos que conocía, refiriéndose a *El chacal* de Frederic Forsyth; una novela que no entra en el canon de la universidad. Entonces para mí fue bastante raro que uno de los grandes escritores de la literatura latinoamericana y mundial destacara este libro. Con ese antecedente me decidí a leer sin prejuicios este tipo de literatura. Luego, cuando volví a Chile en 1992, de pronto me di cuenta que quería expresar lo que yo estaba encontrando en mis lecturas y en mis experiencias anteriores a través de una estructura que tuviera elementos de novela policial (porque lo mío son novelas que tienen elementos de novela policial pero no se ajustan cien por ciento a ella). Así salió la

novela *¿Quién mató a Cristián Kustermann?* La escribí muy rápido, en tres o cuatro meses.

GG: Además de esa lectura de novelas policiales y tu formación académica formal, ¿participaste posteriormente en los típicos talleres literarios en que se han formado varios de los escritores de tu generación?

RA: No, en ese sentido debo decir que yo soy bastante atípico; por el hecho de que estuve dedicado al periodismo fuera de Chile nunca pertenezco a ningún taller literario. Es más, mi contacto con los escritores chilenos de la generación del 50, como José Donoso y Jorge Edwards, fue de carácter indirecto a través del manuscrito de *¿Quién mató a Cristián Kustermann?* porque ellos, junto a la periodista Ana María Larraín, eran miembros del jurado que le dio a esta obra el Premio de la "Revista de Libros" de *El Mercurio*. Esa fue mi primera conexión oficial con los escritores chilenos. Mi desarrollo literario se produjo en Cuba y en Europa, desvinculado de los que serían los escritores chilenos más destacados. En este sentido digo que mi formación es bastante atípica. No me integré como otra gente que se formó bajo el alero de escritores consagrados. Por motivos no estrictamente literarios, mientras estaba en Alemania me encontré un par de veces con Antonio Skármeta y Carlos Cerda que vivían en Berlín.

GG: ¿Cuáles serían para ti los aspectos positivos y negativos de esa desvinculación?

RA: Yo diría que mi desvinculación presentaba, como las monedas, dos caras. Una era el tener cierta ignorancia con respecto al quehacer literario nacional; pese a los medios de comunicación, la distancia siempre se impone y múltiples actividades te alejan de lo que es la literatura de tu país de origen. Había entonces un desconocimiento relativo del desarrollo de la literatura en ese momento, de lo que eran los nuevos autores que aquí en Chile se reunían y actuaban con éxito durante fines de los 80 y principios de los 90. Pero la otra cara, la positiva, era que ese desconocimiento me llevó a tener que expresarme de una forma que implicaba tener pocos amarres o vínculos con determinadas corrientes literarias chilenas o formas de escribir del momento. Donoso y Edwards decían que cuando leyeron el manuscrito de *¿Quién mató a Cristián Kustermann?* estuvieron en la duda en cuanto a si el autor era un chileno o no, pues el texto no estaba escrito dentro de lo que hacían los escritores de mi generación en ese momento en cuanto a estilo. Me refiero a este lenguaje muy periodístico que está marcado

por mi trabajo en una agencia de prensa y por mi vida en Alemania; un lenguaje periodístico muy escueto, de diálogos muy breves. En términos de tema y género, este texto es también una novedad porque en este último aspecto la novela policial en Chile nunca había tenido una tradición en términos de recepción masiva. Ha habido algunos escritores chilenos que han intentado hacer una novela policial, pero no han tenido una recepción masiva como lo sucedido con *¿Quién mató a Cristián Kustermann?* que va por su quinta o sexta edición, o con *Boleros en la Habana* que va en su tercera edición. Y lo otro un tanto novedoso eran esas posibilidades de la experiencia itinerante de los personajes, quienes empiezan a desplazarse por Chile, llegando a Alemania y Cuba y, como sucede en *Boleros en La Habana*, Estados Unidos. En suma veo mi desvinculación inicial más como una ventaja porque me permitió avanzar sin ningún tipo de preocupaciones excesivas de lo que se estaba haciendo en ese momento en Chile.

GG: Podrías agregar algo más sobre esa excelente recepción de *¿Quién mató a Cristián Kustermann?* por parte de la crítica y el público.

RA: Lo más importante, como decía, es que la novela policial en Chile no tenía aceptación masiva. Por el contrario, se trataba de algunos experimentos o algunos intentos de hacer algo, pero no había respuesta por parte de los lectores. Y esta novela abre un espacio para la literatura de este tipo en Chile. Ahora, la gente está con un horizonte más amplio en términos de la novela policial chilena. Después de esta novela han aparecido escritores jóvenes que incursionan en la novela policial: Mauricio Electorat con *El paraíso tres veces al día* y Alberto Fuguet con *Tinta roja*. Hay otra novela policial de un escritor que también fue corresponsal de la agencia IPS, Pablo Azócar, que también aparecerá en algunos meses y que utiliza el mecanismo del desplazamiento de un detective chileno que viaja a España y de allí parte a otros lugares.

GG: ¿No te parece que se puede hablar de una brecha o tradición creativa en cuanto a la novela policial chilena al considerar el caso de Ramón Díaz Eterovic?

RA: A eso iba. Ramón Díaz Eterovic es varios años anterior a mí con sus novelas *La ciudad está triste*, *Solo en la oscuridad* y *Nadie sabe más que los muertos*, por ejemplo. Son novelas que el hizo con este detective Heredia que a mí me gusta mucho. Sin embargo, ateniéndonos a los datos estrictamente cuantitativos, ese tipo de novela nunca generó una reacción masiva como la

que han generado mis historias protagonizadas por el detective privado llamado Cayetano Brulé. Las causas no las sé, habría que investigar muy bien. Además estas cosas se van modificando, que Heredia no haya alcanzado difusión masiva no significa que eso va a permanecer así, o que si Cayetano Brulé tiene hoy una difusión bastante aceptable no significa que siempre vaya a ser de este modo. Pero lo relevante es que de pronto se abrió un amplio espacio para este tipo de narrativa.

GG: ¿Qué características de Cayetano Brulé permiten abrir o ampliar ese espacio para la novela policial chilena?

RA: Creo que lo importante de esto es que Cayetano Brulé gana terreno en el centro de la crítica y la recepción de la literatura chilena por lo siguiente. Lo único que no podía tener una novela policial chilena era un detective a lo James Bond. Tenía que ser un detective como somos ahora nosotros en Chile o en América Latina. Cayetano Brulé es un cubano cincuentón, gordo, pelado, desordenado, estrafalario y simpático que vive en un sector popular de Valparaíso a costa de café y cigarrillos. Perteneció al ejército norteamericano y se considera chileno aunque mantiene una nostalgia por su patria. En lugar de mucho conocimiento, tiene sentido común, trabaja por olfato; todavía no sabe nada de karate y no utiliza bien su arma, pero es un tipo de mucho corazón que quiere investigar y lograr las cosas. Este personaje, al tener esas características, podría ser encarnado por cualquiera de nosotros; dicho de otro modo, muchos nos podemos ver reflejados en ese personaje. Si uno observa bien el caso de *¿Quién mató a Cristián Kustermann?*, de *Boleros en La Habana* y de mi tercera novela, *El alemán de Atacama*, se da cuenta que cualquiera de nosotros, sin ninguna formación policial, podría haber llegado a las mismas conclusiones y haber pasado más o menos por las mismas peripecias que han ocupado a Cayetano Brulé. No se está, por lo tanto, ofreciendo un personaje irreal. Cervantes afirmaba que lo importante al escribir ficción es la imitación y no hay que recurrir a lo inusual porque lo inusual es poco creíble para la gente; en la medida que uno escribe sobre cosas, acontecimientos o personajes usuales eso es creíble, convincente. Me interesa el lenguaje de una novela que se deje leer sola, como decía José Donoso. Es muy importante que los personajes que uno va a presentar sean verídicos, convincentes, que la gente los pueda imaginar, que pueda sufrir un poco y sentir simpatía por ellos. Busco que las atmósferas o ambientaciones sean reales, mensurables, como la realidad de cualquier reportaje o testimonio que conformen la

base dentro de la cual se muevan estos personajes de ficción. Tanto es así que descubro en las conversaciones con mis lectores que no están seguros si Cayetano Brulé existe o no.

GG: Además de estas conexiones de empatía entre personaje y lector, ¿puedes elaborar algo sobre las condiciones socio-políticas que ayudan a que el lector se sienta atraído e interpretado por tu protagonista?

RA: Por ese lado hay una crítica en la línea de que Cayetano Brulé iba viendo las cosas de acuerdo a su circunstancia y la narración nunca intentaba imponerle determinadas visiones al lector, sino que más bien le entregaba una realidad y a partir de ella el lector mismo podía sacar sus conclusiones en términos políticos y sociales. Así estas novelas no intentan vender una interpretación ya tejida por todas partes. Creo que esto es muy importante en un país como Chile en estos momentos porque la gente está saturada de interpretaciones que vienen fabricadas ya sea de la izquierda, del centro o de la derecha. La gente no quiere recetas pues lo que desea es poder decidir por ella y ver las cosas para sacar conclusiones. Esta actitud está también vinculada con la desconfianza que hay hacia los políticos de cualquier color. Por otro lado en Chile estamos viviendo hace algunos años una especie de euforia y de autocomplacencia que llama mucho la atención en especial si se ha estado afuera y se retorna abruptamente. En términos macroeconómicos el país tiene motivos para sentirse orgulloso, pero creo que hay una tendencia eufórica hacia el nacionalismo exacerbado y nos está faltando un poco de modestia en muchos aspectos. La información que recibimos es demasiado apologética en términos de lo que es la economía chilena, lo que es el país y su desarrollo, y ahí nos falta una dosis de modestia y realismo. Entonces un detective extranjero que se siente chileno (con su corazón partido en dos) tiene la posibilidad de apuntar mejor a estos aspectos negativos del país, y eso lo hace, por ejemplo, a través de observaciones humorísticas que me permiten enfrentar en forma crítica el alma nacional. Además eso me permite vincular dos extremos que constituyen América Latina y que yo también los llevo dentro como todo latinoamericano. En nuestro país hay una temperatura, una naturaleza y un carácter muy diferentes a la temperatura, naturaleza y el carácter que tiene la gente del Caribe. Por ser cubano y por su experiencia en Chile, Cayetano Brulé integra estas dos experiencias y sensibilidades latinoamericanas. Esa alma de la sensualidad plena que existe en el Caribe con esta alma que es más severa, más fría, que es el

alma chilena determinada por el clima, por ese cielo que por muchas semanas parece cerrado, nublado. Muy distinta es la experiencia de alguien que vive en el Caribe, donde las lluvias son distintas, donde hay esas grandes tormentas eléctricas, donde hay una mezcla de razas que va desde la europea a la africana, cosa que en Chile no tenemos. Bueno, todos son elementos enriquecedores del alma latinoamericana que se dan en Cayetano Brulé. Este detective privado puede entender a Chile pese a ser caribeño porque tiene años en este país y nos conoce. Al mismo tiempo puede ir al Caribe y ser feliz en el calor, en la humedad, en la improvisación absoluta porque es de esa zona. Cayetano Brulé recoge un poco esas características.

GG: ¿Qué aspectos de la crítica especializada con respecto a *¿Quién mató a Cristián Kustermann?* consideras más relevantes?

RA: He leído muchas críticas, quizás las que más me han sorprendido son las provenientes de críticos extranjeros y en especial de publicaciones en alemán. Algunas de las cosas que destacan estas críticas son parecidas a las que decía acá José Donoso que comentamos. A Heberto Padilla, por ejemplo, le parecían muy interesantes dos elementos. Por un lado la capacidad que tenía esta novela para presentar los asuntos primordiales de lo que son la realidad y los temas actuales en Chile, Cuba y Alemania. Por otro lado, se sentía muy a gusto con esta novela por ser él un enemigo de todo barroco. Aplaudía mucho que alguien en Chile optara por un estilo absolutamente escueto al servicio de la historia que se narraba como elemento central. Cuando uno examina un relato, es muy difícil, en aras de la brevedad y la exactitud, renunciar a una serie de recursos que pudiera utilizar. Pero eso es una opción personal que me interesa porque para mí lo central es que no haya elementos que estorben la presentación de la ficción.

GG: ¿Cumple *Boleros en La Habana* con esta estrategia narrativa?

RA: No, porque allí me falló la disciplina. En algunos pasajes de *Boleros en La Habana* me dejé llevar por un lenguaje más florido que me abrió espacios distintos para describir ambientes y personajes de La Habana. Curiosamente algunas personas me decían que en ciertos pasajes de esa novela aparecían descripciones muy literarias que les gustaban mucho y a mí me gustaban menos porque estaba intentando avanzar en el camino inverso. Si llueve, para mí lo ideal sería decir llueve, aunque sé que hay otras formas maravillosas de decir que está lloviendo.

Boleros en La Habana me alejó un poquito en la dirección contraria quizás por un exceso de entusiasmo, en unas páginas me dejé entusiasmar por el mismo desarrollo de la trama y no mantuve la postura fría del periodista. Después no tuve la valentía para decir “esto lo voy a tachar aunque suene inspirador”. Creo que con mi última novela, *El alemán de Atacama*, intento volver a la disciplina de eliminar lo superfluo al punto de que si se saca una palabra se pierde el sentido.

GG: Si mantienes a Cayetano Brulé como protagonista, ¿observas algún desarrollo o cambio de éste entre una novela y otra?

RA: Sí, hay cambios, aunque se mantienen ciertas características básicas. Cuando salen las novelas de Cayetano Brulé yo recibo muchas cartas y llamadas telefónicas en que me dicen cosas como “a mí me gusta mucho su novela, pero no resisto como sufre ese pobre tipo, que le den tantas palizas, ¿por qué no hace que tenga un cliente que le pague bien?” Otras personas de la construcción me han dicho cosas como “es común que a nosotros, los pobres, nos vaya mal, pero ¿cómo es posible que este tipo que trabaja con gente de dinero no se quede con nada?” En el caso de *Boleros en La Habana* este detective se convierte en un personaje más tropical, más cubano en su expresión, en su forma de ver las cosas y disfrutar la vida. A su vez resulta ser más crítico en especial con respecto al clima de Chile y algunos aspectos de sus relaciones personales. Pero eso está marcado por el hecho de que el hombre vuelve para estar un tiempo en La Habana y eso gatilla una nostalgia por la historia, la gente y el alma de Cuba, aunque no así por el sistema cubano. Cayetano Brulé sigue siendo un tipo escéptico en términos políticos, tiene su dosis de incertidumbre y desencanto pues se da cuenta de lo que pasa en Cuba, se encuentra, por ejemplo, con un político que está metido en la corrupción.

GG: ¿Qué dificultades has enfrentado en la mantención de una saga con respecto a tu detective privado?

RA: Esto de desarrollar una saga es muy difícil. Cuando tú desarrollas una novela con un personaje y éste termina con la novela, puedes recargarlo al máximo con elementos descriptivos de tal forma que sea una figura palpable para el lector. Si hay una segunda o tercera novela con ese mismo personaje, uno se ve obligado a plantearse con fuerza la pregunta acerca de la audiencia: ¿para quién escribo? En mi caso tengo que pensar entonces en el lector que no ha leído o no va a leer otras novelas de Cayetano Brulé y también en el tipo que es lector de estas

novelas y recurre a ellas de nuevo. Por lo tanto, el problema es cómo describir a este personaje y cómo mantener sus características propias por medio de esas descripciones. Con mayor razón uno se plantea estos problemas en una tercera novela porque si tienes que describir a un personaje del cual ya se ha dicho lo esencial, en la próxima descripción puedes repetirte fácilmente. Entonces te repites o das por sentado que el lector ya maneja eso. Con la primera opción puedes hacer algo redundante, con lo cual obviamente se empobrece el texto.

GG: Y con respecto a las variaciones o nuevos problemas, ¿qué puede decir de tu tercera novela policial?

RA: Esa novela se trata de una periodista alemana que hace una investigación en el norte de Chile, San Pedro de Atacama y le encarga al detective privado que investigue, pero ella quiere estar más o menos cerca para escribir al final un reportaje interesante. Allí comienza esta investigación que lleva a Cayetano Brulé a San Pedro de Atacama, un pueblo ubicado en pleno desierto. Lo interesante y difícil en términos técnicos es que la novela policial es tradicionalmente urbana y de gran ritmo. Con esta variación de llevar una novela policial a San Pedro de Atacama, con sus 900 habitantes y una calma inmensa, el problema que te golpea cada capítulo es cómo hacer andar y fluir la acción. Es necesario ir viendo cómo manejas eso para que las cuestiones concluyan con una buena coincidencia entre ritmo y desarrollo.

GG: Aunque—como decías— te has insertado en el mundo literario de una manera atípica, se te ubica como uno de los líderes del grupo de la llamada nueva narrativa chilena.

RA: Una cosa general primero es que este grupo de la nueva narrativa, la generación NN, o del 80, lo que tiene de común es su heterogeneidad. Se podría decir, por ejemplo, que Alberto Fuguet, Sergio Gómez y Pablo Azócar están desarrollando una temática de corte juvenil cuyo escenario es de Providencia para arriba, es decir, una zona de altos recursos, con personajes que en términos generacionales y no sociales tienen una actitud de rebeldía hacia el orden establecido. En el grupo de autoras, Marcela Serrano, Ana María del Río, Pía Barros, Diamela Eltit, entre otras. Surge preponderantemente una temática donde las percepciones de la mujer como protagonista de la sociedad se ubica en el centro, en contraste con la gran parte de nuestra literatura que se ha desarrollado desde la perspectiva del hombre, con lo cual la mujer aparecía como un ser otro descrito desde la perspectiva del yo masculino. El grupo de la nueva

narrativa trae una literatura escrita por mujeres que tiene una sensibilidad distinta sobre todo en términos de la relación con lo que es la historia personal y de la familia. En las novelas de mujeres hay siempre una sucesión que me imagino está determinada por la conciencia de que a partir de ellas se sigue reproduciendo el género humano. En términos generales hay mucha amplitud, no se puede encajonar la nueva narrativa en un par de tendencias. Sus integrantes tienen entre 35 y 45 años y en su mayor parte comenzaron a publicar prácticamente con el advenimiento de la democracia en Chile, es decir a principios de los noventa. A la vez comienzan a publicar en un momento en que el público chileno está interesado en saber qué hacen los escritores nacionales. Creo que nunca antes en la historia de Chile los escritores chilenos habían sido tan leídos como ahora. No es extraño encontrar a estos autores en los primeros lugares de los rankings de venta. Entre estos elementos relacionados con la heterogeneidad del grupo y el momento auspicioso va tomando forma mi literatura por el lado de la novela político-policial y también la novela del mismo género de Ramón Díaz Eterovic. Ambas aportan otras voces o ángulos que confirman y enriquecen los elementos señalados.

GG: En cuanto a tus planes actuales, ¿buscarás consolidar las vertientes creativas que has trazado?

RA: Claro, para estos años me he propuesto entregar un pequeño aporte dentro del género de corte político-policial en el sentido de dejar por lo menos un par de historias que trasciendan mucho más allá de la mera investigación, de las huellas dactilares y de las conclusiones; espero que vayan hacia un espacio social del Chile de hoy y Latinoamérica y entreguen un personaje perdurable que para mi alegría y de mucha gente ya existe y se consolida. Es decir me gustaría mucho seguir desarrollando las historias de Cayetano Brulé (aunque también siento atracción por otro tipo de novela). Sería feliz si en el futuro, al escarbar en lo que fue la literatura de la década del noventa, la gente tomara en cuenta a Cayetano Brulé como un personaje e hito importante en esa literatura. Porque al final hay que decirlo muy claro, una cosa es la dinámica interna de uno que tiende a la escritura sin cálculo de ningún tipo y la otra es la necesidad de tener una audiencia tanto nacional como internacional que complete la alegría de escribir. Eso significa que en algún momento estás sintonizado con la sensibilidad y las preocupaciones de mucha gente, porque en el fondo la literatura

es comunicación, es un intento para convencer a otros de que el mundo que tú desarrollas existe o tiene validez.